

ELIZABETH A MITCHELL

*Recordatorios Diarios de Esperanza*

MORNING  
*Slate*

## CONTENIDO



Usado con permiso. Todo los derechos reservados.

Copyright © 2024 Elizabeth Mitchell

Publicado por Elite Publishing House  
Boca Ratón, FL

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida, en cualquier forma, o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, grabado, fotocopiado o de otro modo, sin el permiso previo del propietario de los derechos de autor, excepto por un reseñador, que podrá citar breves pasajes en una reseña.

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN: 978-1-7343132-5-3

Las citas de las Escrituras proceden de The ESV® Bible (The Holy Bible, English Standard Version®), © 2001 por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers. Usado con permiso.

Todos los derechos reservados.

Portada y diseño del libro por Hybrid Studios,  
[hybridstudios.com](http://hybridstudios.com)

Introducción	3
Primera Parte: Créelo	5
Tiempo A Solas	7
Primera Llamada	9
Comparación Gloriosa	11
Espera Un Momento	13
Atesorando	15
La Vigésima Séptima Vez	17
Acercamiento	19

## INTRODUCCIÓN



El Señor a menudo usa sucesos ordinarios para producir resultados extraordinarios. Solo un Dios lleno de gracia podría lograr algo así.

En las Escrituras aprendemos que Cristo toma agua común y produce vino de la mejor calidad. Pan de cebada en la canasta de un niño se multiplica hasta alimentar a tantas familias hambrientas que podrían llenar un estadio. Con sólo unas pocas palabras familiares, transforma olas tumultuosas en mares en calma. Incluso algo tan mundano como la saliva mezclada con tierra se convierte en el medio para que los ojos de un ciego se vuelvan ojos que ven.

Ese es el Dios a quien tenemos el privilegio de servir, conocer y amar. Pero como somos propensos al olvido, en las páginas de Morning Side encontrarás historias cotidianas y mensajes que ilustran su poder y su presencia en medio de nuestras rutinarias jornadas. El Señor nos encuentra justo donde estamos, incluso en lugares donde nunca planeábamos estar. Cada devocional lleva el sello único de su esperanza para ayudarnos a ver que él es la fuente inagotable de posibilidades y fortaleza, aun cuando cien voces diferentes claman por nuestra atención.

Este volumen contiene recordatorios de su misericordia cuando todo parece estar en nuestra contra, y de su amor inquebrantable cuando avanzamos a toda prisa, aunque por dentro estemos completamente vacíos. También te

sostendrá con abundante compasión en situaciones que parecen interminables, cuando sientas que no cuentas con los recursos necesarios.

La poderosa promesa del profeta Jeremías resume la esencia de estas lecturas diarias: “Esto haré volver a mi corazón, por lo cual tendré esperanza. Por la bondad del SEÑOR es que no somos consumidos, porque nunca decaen sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad. “El SEÑOR es mi porción”, ha dicho mi alma; “por eso, en él esperaré”. (Lamentaciones 3:21-24)

Cada mañana trae consigo un nuevo cargamento del amor y la misericordia ilimitados de Dios, diseñado específicamente para nosotros. No importa qué desafíos nos haya dejado el día anterior, ni cuán desesperadamente hayamos necesitado su presencia y poder ayer; el saldo de nuestra cuenta siempre se repone. Mañana, el ciclo se repetirá, permitiéndonos aprovechar su fidelidad una vez

La capacidad de Cristo para amarnos es inquebrantable en su constancia. Está tan firmemente fijada en su lugar como montañas que nunca se desplazan pase lo que pase. El amor de Dios por nosotros nunca cesará, nunca tendrá fin, nunca se agotará, así como el océano nunca se seca. Su amor siempre será abundante, siempre rebosará y siempre será más que suficiente en todos los sentidos posibles.

A través de estas páginas, oro para que tu vida diaria se cruce con el amor inmutable, infinito y abarcador del Señor, mientras corres con los brazos extendidos hacia él.



PRIMERA PARTE

# Créelo

*“Esto haré volver a mi corazón...”*  
*(Lamentaciones 3:21)*



# TIEMPO A SOLAS

*Permanezcan en mí, y yo en ustedes. Como la rama no puede llevar fruto por sí sola si no permanece en la vid, así tampoco ustedes si no permanecen en mí. (Juan 15:4)*

No fue diseñado para entrar en la categoría de “deber”, pero lo metimos a la fuerza en esa columna, convirtiéndolo en una tarea más en lugar de la gran aventura que siempre estuvo destinada a ser desde el principio. Pasar tiempo a solas con el Padre —reservar un momento del día para escuchar su voz y responder a su Palabra— debería siempre verse con asombro y gratitud, con la actitud de: “no puedo creer que tengo el privilegio de hacer esto”. El deleite siempre superará al deber.

Jesús nos marcó el ritmo, retirándose a la ladera de una montaña, alejándose de las multitudes exigentes, haciendo que su tiempo con el Padre fuera la más alta prioridad. De alguna manera, imaginamos que nuestras agitadas agendas deberían dictar nuestro día. Qué necedad suponer que nos ocupamos de necesidades más apremiantes y de preocupaciones de mayor peso que las que Cristo tuvo que sopesar en su camino en la tierra. Con su elección resuelta de apartarse del bullicio para pasar tiempo a solas con Dios, Jesús nos deja el ejemplo de una vida vivida en su forma más perfecta.

La ausencia de tiempo a solas con Dios me deja como un árbol estéril, despojado y seco, con ramas sin fruto.

Cuando las presiones agitadas me dominan y me aplastan con preocupaciones que me abruma, me desconecto inútilmente de mi recurso más vital. Me vuelvo tan inútil como un bolígrafo sin tinta, una casa sin techo, un estanque vaciado de toda agua vivificante.

Nosotros lo complicamos. Él solo quiere una conversación, pero lo convertimos en un sistema de méritos y calificaciones. Él anhela una relación íntima, mientras nosotros acumulamos cientos de excusas para no darnos el tiempo. Y, aun así, él espera pacientemente para darnos más de sí mismo, para concedernos libertad con su verdad, para bañarnos con el agua purificadora de su Palabra.

Nosotros dudamos y procrastinamos. Él simplemente espera, listo para darnos todo lo que podamos necesitar para el día.

# PRIMERA LLAMADA

*“Hazme oír por la mañana tu misericordia porque en ti confío. Hazme conocer el camino en que he de andar porque hacia ti levanto mi alma.” (Salmos 143:8)*

**A**l comenzar el día, antes de entablar conversación con otra persona, dirijo mis pensamientos caóticos hacia ti. Tú, que fuiste conocido como el Verbo antes de que siquiera existiera el tiempo, permíteme iniciar este día escuchando primero tu Palabra, para percibir con claridad el sonido fuerte y firme de tu voz en cada línea y frase.

Antes de revisar las responsabilidades que exigen mi atención y dictan mi agenda, te pido que reorganices y alinees mi tiempo según tu voluntad. Antes de enfocarme en lo que debo hacer, lo que debería hacer o lo que parece imposible afrontar hoy, te invito a reprogramar y dirigir mi día.

Desplaza mis pensamientos confusos con la certeza marcada de que tú eres la verdad brillante, la fuente de orden perfecto y alineación precisa en este mundo. Vence mi corazón con el anhelo de complacerte, de buscarte, de descansar en la fortaleza que solo tú posees, especialmente cuando el cansancio parece teñirlo todo a mi alrededor.

Ayúdame a encontrar deleite en las porciones ordinarias de mi día—el primer sorbo de café humeante; el paisaje de verdor que desfila por mi calle; la fila de niños que entran a la escuela, cada uno especialmente diseñado con la capacidad de transformar su mundo.

Permíteme celebrar tu bondad en los fragmentos de mi rutina que suelen pasar desapercibidos: el pequeño cardenal posado en el farol, como un centinela de plumaje rojo a la puerta de mi casa; las nubes pesadas de color gris paloma, esperando para derramar su diluvio; la mesera atenta, llevando su carga con precisión y una gracia casi majestuosa.

Dame gratitud por esas diminutas gotas de alegría que esparces como confeti sobre la mesa de este día. Sorpréndeme con un renovado sentido de asombro por las pequeñas maravillas envueltas en lo ordinario, que irás revelando en distintos momentos de este día aparentemente común. Ayúdame a no pasar por alto tus regalos porque estoy demasiado ocupada manteniendo el ritmo, acelerando el paso y esforzándome por llegar a un destino al que nunca me llamaste en primer lugar.

“El día que clamé, me respondiste; mucho valor infundiste a mi alma.” (Salmos 138:3)

# COMPARACIÓN GLORIOSA

*“Porque considero que los padecimientos del tiempo presente no son dignos de comparar con la gloria que pronto nos ha de ser revelada.” (Romanos 8:18)*

**R**ecluidos en la UCI cardíaca pediátrica del Boston Children’s Hospital durante lo que pareció un período interminable, nos asombrábamos constantemente de la extraordinaria experiencia y profunda habilidad del personal médico que atendía a nuestro hijo James. Los brillantes cirujanos, médicos y enfermeras eran auténticos superhéroes, asegurándose de que sus pacientes recibieran la mejor atención posible y ganándose, sin lugar a dudas, nuestro más absoluto respeto.

Nos vino a la mente que sus padres y profesores habían desempeñado un papel fundamental en su éxito y, sin duda, merecían parte de los elogios. Pero era evidente que estos hombres y mujeres habían invertido incontables horas, soportado sacrificios incalculables y gastado dinero, energía y recursos invaluable para superar la infinidad de obstáculos que enfrentaron durante sus exigentes años de formación. Familias como la nuestra somos los receptores agradecidos de su dedicación y sacrificio.

Su ejemplo viene a mi mente cuando reflexiono sobre el hecho de que Dios también nos pide soportar lecciones rigurosas en la vida. Una y otra vez, el apóstol Pablo refuerza la verdad de que el “gran peso” de nuestras luchas no se

compara con lo que Dios está produciendo a través de ellas. Por medio de los arduos cursos diseñados para refinarnos y transformarnos, Dios nos está equipando para servirle de maneras gloriosas que desafían nuestra comprensión actual. Desde la perspectiva de Dios, los sacrificios que nos pide soportar, las dificultades y desafíos que enfrentamos, tendrán un propósito inmenso. Sin embargo, por ahora es posible que no lo entendamos.

Nuestro Dios misericordioso nos recuerda que usará las lecciones más arduas y las pruebas más desafiantes para producir un bien mayor que ni siquiera podemos imaginar. Incluidos sobre sus manuales, aquellos estudiantes de medicina no podían prever la cantidad de niños preciosos que algún día ayudarían a salvar, ni los padres angustiados a quienes infundirían esperanza. Del mismo modo, agobiados bajo el peso de nuestras propias cargas, tampoco podemos ver cómo Dios nos está moldeando para convertirnos en instrumentos de sanidad y esperanza para otros, quienes son, sin duda alguna, preciosos a sus ojos.

“Porque nuestra momentánea y leve tribulación produce para nosotros un eterno peso de gloria más que incomparable; no fijando nosotros la vista en las cosas que se ven sino en las que no se ven; porque las que se ven son temporales, mientras que las que no se ven son eternas.”  
(2 Corintios 4:17-18)

# ESPERA UN MOMENTO

*“Pacientemente esperé al SEÑOR, y él se inclinó a mí y oyó mi clamor.” (Salmos 40:1)*

Esperar pacientemente en el Señor significa que no intentamos forzar una respuesta de él ni imponerle nuestros deseos y anhelos al Creador del universo. Significa que no actuamos como niños revoltosos que no están acostumbrados a escuchar las palabras “no”, “espera un momento” o “tengo una idea mejor, si tan solo me permitieras mostrártela”. Esperar pacientemente a que Dios responda implica no intentar extraer la respuesta de otras personas ni convencerlas de nuestra manera de pensar, como si sus soluciones pudieran, de algún modo, sustituir las de Dios.

Mientras esperamos en el Señor, debemos recordar que él está obrando de maneras invisibles que no son evidentes desde nuestra perspectiva limitada. Nosotros solo podemos ver de forma parcial; él, en cambio, tiene todo el plan meticulosamente trazado. Su oído está inclinado en nuestra dirección, como el de un padre que presta total atención a su hijo. Está perfectamente sintonizado con el sonido de nuestro clamor y nos pide que esperemos a que se cumpla su camino perfecto, sin quejas ni la ansiedad que bulle en nuestro interior. Esperar es lo que habitualmente pide a sus hijos.

Otros versículos estratégicos nos dicen que estemos

quietos y que sepamos que él es Dios, responsable en última instancia de todas las naciones de la tierra y también de nuestros ámbitos más ordinarios. La quietud está entrelazada con el llamado a esperar. Cuando nuestra mente está enfocada en él, la espera se convierte en parte del proceso. A. W. Tozer nos recuerda: “Cuando Dios es exaltado al lugar correcto en nuestras vidas, miles de problemas se resuelven todos a la vez”. La quietud exige que renunciemos a nuestra agitación y hagamos de Dios nuestra prioridad.

José esperó mucho tiempo entre los muros de aquel calabozo y aprendió el secreto de estar contento, aun cuando las cadenas ataban sus pies y el hedor de la injusticia fraternal impregnaba su vida turbulenta. Antes que él, su bisabuelo Abraham tuvo que esperar largo tiempo la llegada del hijo prometido; más tarde, Ana agonizaría mientras esperaba que Dios escuchara su lamento por un hijo. El Evangelio relata que Simeón y Ana esperaron largamente antes de que se materializara la certeza de que tendrían en sus brazos al niño Jesús. Incluso en la narración de Jesús, el padre del pródigo dirigía su corazón dolorido hacia el horizonte, día tras día, aguardando el regreso de su hijo.

No somos los primeros a quienes se nos pide esperar. Al parecer, el Señor realiza algunas de sus obras más brillantes en esos períodos de espera en nuestra vida. Sin duda, él sabe exactamente lo que está por venir cuando nos pide que aguardemos un tiempo, mientras él trabaja en los detalles de esta temporada en la que nos encontramos ahora.

# ATESORANDO

*“Que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, que sean generosos y dispuestos a compartir, atesorando para sí buen fundamento para el porvenir para que echen mano de la vida verdadera.”*

*(1 Timoteo 6:18-19)*

**M**i madre tenía un don especial para cultivar plantas. Lirios de jengibre de un rojo arándano, con su armonioso conjunto de hojas verdes, rodeaban con elegancia el perímetro de nuestro patio. Las flores de gloria de la mañana de color azul bígaro caían en delicada cascada a lo largo de toda la valla del patio trasero. En el frente de la casa, bajo la sombra de imponentes abetos, seis macizos de margaritas Gerbera multicolores se desplegaban con vivacidad junto a las bugambilias en flor. Aún puedo imaginar a mi madre, después de un largo día de trabajo, de pie en su jardín con la manguera en mano, rociando sus flores con esa dosis especial de cuidado que solo ella sabía darles.

Trabajaba codo a codo con mi padre en el negocio familiar, igualando su pasión y cuidando de su equipo de noventa empleados como una gallina que protege a sus polluelos. Juntos alimentaron la empresa, la vieron prosperar y expandirse, y experimentaron la satisfacción que viene de superar obstáculos y contratiempos. Cuando su tienda se incendió por segunda vez y el olor a humo y cenizas se convirtió en un visitante indeseado en nuestro hogar, mi madre fue quien levantó el ánimo de mi padre y le recordó

su sueño. Juntos reconstruyeron la tienda, mejor que nunca. Mamá vivió la verdad de este pasaje: “Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? ... Confía en ella el corazón de su marido, y no carecerá de ganancias. Le recompensará con bien y no con mal todos los días de su vida.” (Proverbios 31:10-12)

El don de hospitalidad de mi madre hizo que el ministerio universitario de nuestra iglesia floreciera. Durante aproximadamente una década, cada viernes por la noche, un centenar de estudiantes se reunía en nuestro hogar. Mi madre se aseguraba de que cada uno tuviera un plato lleno de deliciosa comida para acompañar el alimento de las Escrituras. Se esperaba que sus cinco hijos colaboraran para que esas noches de viernes fueran un éxito. En el proceso, aprendimos de primera mano lo que significa servir. En cada uno de nuestros corazones, mamá sembró el deseo de servir; ese jardín sigue dando fruto hasta el día de hoy.

Mi madre amaba profundamente a la gente, a todo tipo de personas, incluso a aquellas que los demás apenas veían. Los empleados del supermercado lloraron en su funeral. Los recolectores de basura que pasaban los lunes por la mañana siempre disfrutaban la comida que ella les llevaba cuando sus camiones retumbaban al pasar. Ellos importaban. Cualquiera que se acercara a ella recibía una porción de su amabilidad.

Mi madre dejó la escuela antes de tiempo y nunca obtuvo un título universitario. Se casó a la tierna edad de dieciséis años, viajó muy poco y nunca consideró que su papel fuera particularmente importante. Pero no tenía igual en el arte de hacer florecer la vida de los demás. Siendo una madre joven, se refugió en los brazos del Salvador y creció en la humildad y la gracia que solo él puede dar. Dios se derramó a través de ella, incluso en los años difíciles, cuando un derrame cerebral le robó la movilidad. Desde su silla de ruedas —y tal vez especialmente desde allí— se convirtió en un recipiente dispuesto a provocar crecimiento en muchísimas vidas sobre la tierra.

# LA VIGÉSIMA SÉPTIMA VEZ

*“El SEÑOR es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?  
El SEÑOR es la fortaleza de mi vida; ¿de quién me he  
de atemorizar?” (Salmos 27:1)*

Rodeada por una neblina lúgubre, flaqueo. Pero, ¿qué es eso para ti que emanas luz incandescente, luminosa y duradera? Las brumas negras se desintegran ante tu resplandor brillante; tú arrebatas y desmantelas el pavor de los lugares ensombrecidos. Luz del Mundo, obligas al anochecer a soltar su poderoso dominio. Evidentemente, cuando estoy rodeada por tu presencia, la luz del día se cuele de alguna manera.

Hundiéndome, extendo mi mano en busca de tu diestra extendida. Las aguas me envuelven con furia desatada, decididas a sofocarme. Pero tú eres el rescatador, quien me saca a la superficie y me coloca sobre roca firme, que no tiembla ni se desmorona. Sostienes mi cuerpo exhausto en tu abrazo; refugiada en la protección de tus brazos, estoy a salvo de todo peligro.

Los temores se acercan para intimidarme con burlas despectivas y miradas amenazantes. Me aprietan el pecho con los puños y me cubren los ojos con anteojeras. Pero intercedes y medias con palabras como el acero, que desarman sus insultos. “Ánimo, hija”, me dices, de cien maneras distintas. Tu Espíritu respira y blande armas invisibles para la batalla. Tu voz se impone, y los miedos

huyen en retirada. Espero y observo cómo lo resuelves todo para un bien mayor. Aun los lugares más aterradores siguen estando bajo tu dominio.

Deslizándome rápidamente, tropiezo cerca de acantilados escarpados. Pero tú eres baranda y valla resistente que no cederá. Eres arnés, cuerda fuerte y red de seguridad. Navegas por el precipicio; yo me aferro a tu gracia salvadora y respiro de nuevo.

Adversarios vestidos con ropajes de enemigo bloquean mi camino, amenazando con atacarme y abatirme. Pero tú los haces tropezar y caer en un montón de insensatez; tensas tu arco y los ahuyentas del campo. Eres defensa de primera línea y retaguardia; yo paso de largo.

En respuesta, canto. Libre de las ataduras de la desesperanza, mi alma fortalecida se apoya en ti. Tomo conciencia de tu paz en medio de este coro de alabanza. Amado Dios, tú rescatas y salvas. Gritos de liberación resuenan fuertes y claros.

“Ahora levantará mi cabeza sobre mis enemigos que me rodean, y en su tabernáculo ofreceré sacrificios de júbilo. Cantaré y entonaré salmos al SEÑOR.” (Salmos 27:6)

# ACERCAMIENTO

*“No obstante, yo clamaré a Dios, y el SEÑOR me salvará. Al anochecer, al amanecer y al mediodía oraré y clamaré; y él oirá mi voz.” (Salmos 55:16-17)*

**A** veces nos acercamos al Todopoderoso con temor de ser una molestia. Pensamos que Dios podría estar demasiado ocupado con asuntos más importantes y que nosotros no somos dignos de solicitar su ayuda. De algún modo, llegamos erróneamente a la conclusión de que sus recursos son limitados y que no tenemos acceso a su almacén de provisiones. Otras veces, nos presentamos con desvergüenza, con la audacia de querer negociar, como si pudiéramos proponer un trato justo, siempre y cuando Dios cumpliera con su parte.

En ambos casos, estamos equivocados. Él es Rey soberano, y nosotros somos humildes súbditos que apelamos a su mano clemente y benévola. El cetro dorado de la cruz se extiende hacia nosotros con una clara invitación a acercarnos con valentía. Sus palabras al profeta Jeremías también son para nosotros: “Clama a mí, y te responderé; y te revelaré cosas grandes e inaccesibles que tú no conoces” (Jeremías 33:3)

Nos recibe como a hijos suyos, plenamente consciente de nuestras necesidades más profundas, y nos abraza con el amor incondicional de un padre, sin tratarnos conforme a nuestros pecados (Salmos 103:10). Esperamos como siervos

ante un amo comprensivo, atentos a recibir instrucciones claras, confiando en que Dios nos capacitará para cumplir las tareas que ha diseñado específicamente para nosotros.

Nos acercamos como una novia que entra en la alcoba del novio, con la conciencia de que, como su amada, estamos arropados con seguridad en el círculo de sus brazos fuertes.

Durante la batalla, cuando las fuerzas se ensañan contra nosotros, acudimos como soldados necesitados de las directrices de nuestro fuerte comandante. Nos mantenemos firmes en territorio enemigo, equipados con su armamento, conscientes de que él nos proporcionará todo lo necesario para asegurar la victoria.

Cuando estamos frágiles y quebrantadas, Dios es el sanador cuyas manos derraman misericordia y gracia. Con confianza esperamos en él, sabiendo que es plenamente capaz y está completamente dispuesto a restaurar y sanar.

En última instancia, venimos primero como pecadores, reconociendo nuestra necesidad de perdón y restauración, anhelando la reconciliación con nuestro Creador. Para ese problema, solo hay una cura: Jesucristo... “ha llegado a ser cabeza del ángulo[a]. 12 Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.” (Hechos 4:11-12)